

Había sido un día largo, interminable, uno de esos que parecen robarle hasta la sombra a la gente. Clara salió de la oficina con los hombros hundidos, como si cargara a cuestas todo el peso de las reuniones en las que apenas había abierto la boca. Los números de la empresa no cuadraban, los beneficios caían en picado y cada junta se parecía más a un funeral que a una estrategia.

No tenía vacaciones programadas, ni planes que la motivaran a seguir adelante. El trabajo ya no le ofrecía nada, ni siquiera un sentido de pertenencia. Era como estar atrapada en un engranaje oxidado, dando vueltas sin destino. A veces, mientras miraba la pantalla de su ordenador, se sorprendía pensando en qué pasaría si simplemente no volviera, si desapareciera del todo. Nadie parecía notar su presencia más allá de las tareas que cumplía con mecánica obediencia.

El aire de la calle estaba cargado de humo y ruido. Caminaba sin prisa pero con la mirada perdida, repasando mentalmente la lista de correos que había dejado sin contestar. En otra época habría sentido culpa, ahora solo cansancio.

Al bajar la calle, su bolso vibró. El teléfono iluminó la pantalla con un nombre que conocía demasiado bien. Lo dejó sonar hasta que se apagó. Otra llamada perdida. No quería escuchar reproches ni preguntas. Ni de su jefe, ni de su madre, ni de nadie. Unos segundos después, volvió a vibrar. Clara suspiró, detuvo el paso y miró el número sin descolgar. El zumbido se apagó y quedó flotando un silencio incómodo que solo rompía el tráfico. Guardó el móvil en el fondo del bolso como si así pudiera encerrar también sus pensamientos.

Se frotó las sienes. No recordaba la última vez que algo le había importado de verdad. El trabajo ya no era más que una rutina automática, y hasta las personas que la rodeaban parecían difuminarse en un ruido constante. Todo se había vuelto demasiado pesado.

El semáforo de la esquina parpadeaba en ámbar. Clara, sin pensarlo demasiado, aceleró el paso. No escuchó el ruido inmediato de un motor que venía demasiado rápido. Solo sintió el aire que se rompía de golpe, una luz blanca en el rabillo del ojo y después un impacto seco que la levantó del suelo.

El impacto llegó como un muro invisible. Primero, un golpe seco contra su costado que le arrancó el aire de los pulmones; después, la sensación de que su cuerpo ya no le pertenecía, de que flotaba unos segundos fuera de sí misma. Un dolor punzante le atravesó el hombro, otro le subió por las piernas como una descarga eléctrica.

El asfalto no fue menos cruel. El golpe contra el suelo le arrancó un grito ahogado que nunca llegó a salir del todo. La piel le ardía por el roce, el pecho le dolía con cada intento de respirar. El mundo alrededor parecía girar, como si la ciudad entera se hubiera doblado en círculos borrosos de luces y ruido.

Una figura se acercó corriendo, borrosa entre el dolor y la confusión. Clara intentó mover los labios, pero apenas consiguió un susurro. Su última sensación antes de que la oscuridad la envolviera fue la de una mano cálida, firme, que la sostenía para que no se hundiera del todo en aquel vacío.

La despertó un pitido rítmico y un incipiente dolor de cabeza. Abrir los ojos fue doloroso, sentía que había demasiada luz a su alrededor. El olor era inconfundible y antes de que su vista se adaptase a la claridad sabía a la perfección dónde se encontraba. Un hospital. Fue en ese momento cuando recordó parte de lo que había pasado. El semáforo. El rugido de un motor. Su cuerpo desmadejado en el suelo.

Como si alguien hubiera estado observándola todo el tiempo la puerta se abrió y entraron varias personas a la vez que escuchaba voces que parecían discutir en la parte exterior. Una de ellas la reconoció como la de su madre, las otras le eran por completo desconocidas.

—¿Cómo te encuentras, corazón? ¿Me dejas el brazo? —dijo una de aquellas mujeres uniformadas de blanco con una voz dulce, como si le estuviera hablando a un niño.

Las enfermeras habían entrado en tropel haciendo que Clara se sintiese más abrumada de lo que ya se sentía. Observaban los monitores que la rodeaban y revisaron la bolsa de suero, que tal vez incluía también calmantes, y que no conseguía ver, pero que estaba segura que. Aun así, consiguió centrarse en la mujer que le había hablado y le contestó con un hilo de voz:

—Sí.

Alargó su brazo teniendo la impresión de que lo hacía a cámara lenta, y de que pesaba más de lo habitual, y la mujer le puso un manguito para medirle la tensión.

—Has tenido mucha suerte, al parecer tienes un ángel de la guarda —comentó, misteriosa, quitándole el aparato a la vez que le guiñaba un ojo.

Clara frunció el ceño sin entender qué le habría querido decir la enfermera con aquellas palabras, pero antes de que pudiera decir nada más, e igual que habían entrado, todas las mujeres salieron de allí.

Las voces de fuera cesaron cuando las enfermeras salieron del cuarto y entonces pudo ver cómo entraba su madre con la cara desencajada, a punto de echarse a llorar, junto con un par de policías —un hombre y una mujer— y un hombre alto, de hombros anchos y rostro afable que no reconoció.

—Clara... ¡Ay, mi niña! —se rompió su madre cogiendo una de las manos de Clara sin poder contener las lágrimas.

—Mamá, estoy bien. Me pondré bien. No debería haber cruzado en ámbar yo...

—Siento interrumpirle, pero de eso quería hablarles —dijo uno de los policías con una voz grave y profunda.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —quiso saber Clara empezando a ser consciente de la presencia de aquellos hombres.

—Al haber sido víctima de un atropello debemos tomarle declaración, además, debido a algunas anomalías nos vemos en la obligación de iniciar una investigación más profunda.

—¿Cómo?

El hombre, que había permanecido muy quieto detrás de los policías se revolvió un poco y el policía pareció no saber cómo continuar, así que tomo la palabra su compañera.

—Debido a la declaración de varios testigos creemos que su atropello no fue algo fortuito.

—¿Me están diciendo que alguien ha intentado matarme?

—Sí, y si no llega a ser por él, lo hubieran conseguido —dijo señalando al hombre tras ellos, que en esos momentos parecía bastante incómodo.

Clara no salía de su asombro.- ¿Alguien había intentado matarla? ¿Tenía algún enemigo? ¿Por qué?- Y mientras merodeaban esas preguntas y más en su cabeza, aquel hombre que se había ganado el apodo de “ángel de la guarda” se acercaba a ella. No se percató de su presencia hasta tenerle a menos de medio metro.

Descubrió frente a ella un hombre de 35 años aproximadamente, corpulento pero no exagerado, con un estilo casual, y un mentón de esos que vuelven locas a las mujeres. Digno de ser protagonista en cualquier comedia romántica. Podría haber resultado un engreído por su físico deslumbrante, pero cuando hablo...

—Hola, soy Gabriel, disculpa que me presente aquí, pero quería saber cómo estabas y la policía me ha estado haciendo algunas preguntas.

Era odiosamente encantador. Una voz firme pero delicada. Masculina de las que mueven la nuez al pronunciar cada palabra.

—Hola, muchas gracias. Me han dicho que me has salvado...Te debo la vida. —Clara tenía una mezcla de mareo, interés y desconocimiento dentro de ella—. No sé qué habría sido si no hubieses estado ahí.

—La casualidad y el destino, diría yo. Una locura que tenga que suceder algo así para que una chica como tú caiga en mis brazos.

Sonrojada, Clara no supo dar respuesta. Además, los policías y su madre estaban acompañándoles en la sala. Que tu ángel de la guarda te tire los tejos cuando aún estas convaleciente es algo a lo que no sabe enfrentarse nadie. Gabriel notó la incomodidad, y antes de que pudiese dar respuesta, se apresuró a salir del apuro:

—Bueno, encantado. Te voy a dejar tranquila. Me alegro que estés bien. Los policías tienen mis datos si queda alguna pregunta pendiente.

Sin tiempo para más despedidas, los agentes comenzaron a preguntar a Clara:

—¿Conoces a alguna persona que quisiese hacerte daño o has recibido alguna amenaza?

—No —respondió muy contundente. No entendía qué había pasado para llegar a las sospechas de que el atropello no hubiese sido fortuito—. Pero, ¿qué ha ocurrido?

—El testigo dice que el coche estaba detenido y arrancó la marcha directo hacia usted en cuanto puso un pie en la carretera. Parece evidente que la estaban esperando.

—Y, ¿quién es el conductor?

—No se detuvo después del atropello. Huyó rápidamente. El testigo no recuerda la matrícula y no hay cámaras en esa zona.

—Solo ha podido darnos una vaga descripción del automóvil —continuó la mujer policía que miró sus notas antes de empezar a enumerar las características del coche—. Era un Audi negro. Cree que podría ser un modelo A1 y en la parte de atrás había una especie de logo de color rojo y azul con forma de...

—Hojas... —El aire de los pulmones de Clara al pronunciar aquella palabra salió como si le hubieran pegado un puñetazo directo al estómago.

—Hojas —repitió la agente observando con curiosidad a Clara—. ¿Te es familiar esa descripción?

El silencio se hizo pesado a su alrededor roto solo por los aparatos médicos que controlaban las constantes de Clara. Esta intentaba procesar lo que acababa de escuchar y tanto los agentes como su madre la miraban. Estaban esperando que les aclarase cómo era posible que supiese que aquellos colores de la parte de atrás del auto que la había atropellado formaban un logo de dos hojas entrelazadas.

—No... no entiendo nada es... —Clara tragó saliva, que parecía más espesa de lo normal, a la vez que intentaba respirar pues sus pulmones parecían haberse cerrado.

—Cariño —dijo su madre cogiendo su mano para infundirle fuerza—. ¿Sabes de quién puede ser ese coche?

Unas lágrimas densas, por el cansancio y la incomprendión de que aquella pesadilla que estaba sufriendo fuese verdad, se escaparon de los ojos de Clara que estaba en *shock*.

—Es uno de los coches de la empresa en la que trabajo —dijo al fin sintiendo que al hacerlo se rompía lo poco que quedaba sin romperse en su cuerpo.

—¡¿Cómo?! —exclamó su madre horrorizada.

—¿Tiene enemigos dentro de su empresa? —inquirió con voz neutra, que a Clara se le antojó inhumana, el otro policía.

Clara negó con la cabeza horrorizada por la idea, pero entonces... Su cerebro recordó algo, algo a lo que su mente había preferido no darle importancia. Había pasado solo un par de meses atrás cuando aún sentía que la vida tenía un sentido, cuando la empresa todavía parecía ir bien. Fue entonces cuando descubrió aquellos ficheros. En ellos quedaba claro que la empresa estaba en quiebra y que la contabilidad que estaban llevando era falsa. Ella lo puso enseguida en conocimiento de su jefe, ella luchó en más de una reunión en la necesidad de aclarar quién había hecho aquello y ahora ella estaba en el punto de mira de esa persona, pero...

—Señorita Rodríguez, ¿me ha escuchado?

—Perdón —se disculpó Clara volviendo en sí y les contó, como pudo, sus sospechas.

Cierto es que cuando Clara hizo pública esta información, no pensó en las consecuencias. La envergadura de tal revelación dejaba en el aire millones, muchos puestos de trabajo y responsabilidades penales para los culpables. Dicho de otra manera, había vidas en juego.

Y la suya estaba en el punto de mira.

No conocía el nombre de quién se encargaba de aquella falsa contabilidad, pero sí tenía algunos sospechosos en su cabeza. Es fácil atar cabos si unes las visitas al despacho y los nombres en los documentos. Pero cuando tu puesto de trabajo está a mucho metros de esos despachos y tú no eres de la junta directiva, solo te quedar ir poniendo sospechas en quién últimamente ha subido escalones muy rápidamente en la empresa y tiene un cochazo nuevo.

Arturo Roldán, era su apuesta. Un miembro de este engranaje desde hace dos décadas. Cansado de lamer culos para intentar conseguir un despacho, seguir lamiéndolos para conseguir ascensos y continuar haciéndolo para codearse con la *high level* de la empresa.

Él tenía acceso a los documentos a los que podía haber metido mano y falsificar aquello que conocía desde hace años. Incluso sabía perfectamente qué nombres tenía que poner en las firmas para no levantar ninguna sospecha.

Lo que no cuadraba en la cabeza de Clara es que aquello podría pasar desapercibido para mucha gente, pero hay quienes tendrían que estar participando en la mentira. El dinero va y viene, pero si quieras que nadie abra la boca, tienes que callar a algunos intermediarios con migajas de ganancias.

Llevaba una temporada observándole. Examinando cada paso que daba. Y, por una vez, prefirió ser precavida y no comentar sus sospechas a nadie hasta estar convencida y tener en sus manos las pruebas que lo incriminaran.

Pero, ¿cómo sería capaz de intentar asesinarla? ¿Acaso sabía que le estaba investigando y le tenía como principal sospechoso? ¿Estaba siendo tan descarada?

Estas preguntas y muchas más rondaban por la cabeza de Clara. Se perjuraba a sí misma que esto no podía estar ocurriendo realmente.

Estaba en peligro. Eso lo tenía claro. No podía volver a la empresa a trabajar como si nada. Quién sabe qué sino la esperaba si lo hacía. Un café envenenado. Un cable del ascensor cortado. Un golpe inesperado....

Y, cuando estaba a punto de mencionar el nombre de su sospechoso a la policía, recordó...

Arturo estaba de vacaciones en Tailandia desde hacía una semana y le faltaba otra para regresar.

Aunque la policía le aseguró que investigarían el asunto de la doble contabilidad y que darían con el culpable antes de que intentara atentar de nuevo contra su vida, aquello no hizo más que intensificar esa incómoda sensación de que algo malo estaba a punto de suceder.

Los agentes se despidieron de ella y de su madre dejando un enorme vacío en aquella habitación de hospital que de repente se le antojó peligrosa. ¿Y si intentaban matarla estando allí? No conocía al personal, apenas había visto unos minutos a las enfermeras, no sabía quiénes eran los médicos y...

—Clara, ¿estás bien? —preguntó su madre asustada por el aumento de pitidos de la máquina que controlaba las constantes vitales de su hija.

Clara boqueó como un pez fuera del agua antes de derrumbarse y empezar a llorar abrumada por lo siniestro de aquella situación. Su madre la acunó mientras le ofrecía palabras de cariño que ella apenas escuchó pero que lograron apaciguar sus nervios hasta que se quedó dormida.

Clara permaneció en el hospital tres días más debido a que había sufrido algunas contusiones y querían asegurarse de que su vida no corría peligro. Aunque le habían dado el alta el medico le había dado una baja laboral de quince días que podría llegar a extenderse en caso de que se confirmasen las sospechas de que alguien del trabajo había intentado asesinarla. No solo eso, sino que le habían asignado unos agentes que velarían por su integridad mientras esto sucedía.

Entró en su casa arrepintiéndose de no haberle pedido a su madre que se quedase con ella. A pesar de que sabía que la estaban protegiendo —se había dado cuenta del coche que las había seguido hasta allí y había aparcado muy cerca de su portal—, no podía evitar sentirse en peligro constante.

Sacó la caja del móvil que se había comprado aquel mismo día, pues el suyo había quedado hecho añicos en el atropello.

Intento de asesinato.

Ese pensamiento intrusivo hizo que se le erizasen los pelillos de la nuca. Encendió la televisión para dejar de pensar y le puso su sim al nuevo teléfono.

Mensajes, llamadas pedidas... y ella que pensaba que nadie se había acordado de ella en esos días. Repasando las llamadas vio que había varias de la misma persona y que incluso le había mandado más de cincuenta mensajes de WhatsApp. Sin pensar mucho llamó a aquella persona.

—¿Clara? ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

Le angustió un poco el tono de preocupación en la voz de su compañero de trabajo.

—Estoy bien, Ricardo.

—El jefe nos dijo que te habían atropellado, pero nos ha sido imposible contactar contigo, pensábamos que...

—El móvil se me rompió y no he podido reemplazarlo por otro hasta ahora. De verdad, Ricardo, estoy bien. Solo tengo algunas magulladuras. En breve volveré a estar por allí.

—*O no, si no me matan antes*, pensó llevándose una mano a la cabeza.

El tiempo en el hospital no fue suficiente para asentar en su cabeza aquella situación. La llegada a casa fue una locura. Como una paranoica, observó cualquier posible marca que mostraría que su puerta había sido abierta. Mirando en cada lámpara, cuadro o recoveco algún micrófono o cámara. Más de 2 horas destinada a buscar algún indicio de algo que no llegaba a saber.

Y, por fin, cuando se sentó en el sofá, su mirada se perdió en un vacío y el miedo la absorbió. Dejó de atender llamadas o contestar mensajes, dejó de ducharse, dejó de mirarse en el espejo... tenía miedo.

Pero hay cosas que no se pueden evitar como una llamada en la puerta. Tan ensimismada estaba que al escuchar los golpes en la puerta, pensó que eran disparos y se escondió. Se agachó bajo la mesa, tapó sus orejas y cerró los ojos. Temblaba. Pero escuchó una voz que la llamaba. La reconoció.

- Clara, ¿estás ahí? Soy Ricardo, ábreme, por favor.
- ¿Ricardo?

Con las piernas aún temblando, el pijama cubierto de manchas y un aliento que echaba para atrás, abrió la puerta, con la cadena echada.

- ¿Ricardo?.. ¿Qué haces aquí?
- Quería ver cómo estabas. ¿Puedo pasar?

Eran compañeros desde hace años pero nunca habían compartido tiempo juntos fuera de la oficina. Se caían bien, compartían anécdotas de su vida pero fuera de esas paredes su relación desaparecía.

Así que Clara se sorprendió con la visita.

Al entrar, Ricardo quedó estupefacto por aquella casa llena de cacharros en el fregadero, un olor nauseabundo y restos de basura por varios puntos de la casa. Sin mencionar el estado en el que se encontraba Clara.

- ¿Qué sucede, Clara? No esperaba encontrarte así.
- Yo... El accidente...El trabajo...
- ¿Estás bien?

Clara cayó desmayada en los brazos de Ricardo. Su mundo se había derrumbado y en cuanto encontró alguien en quien confiar, descansó.

Clara le contó lo sucedido... aunque a medias. Algo le decía que mencionar que su atropello había sido intencionado a un compañero de trabajo que apenas conocía y que por lo que ella sabía podía haber sido quien había intentado acabar con su vida como cualquier otro, no era lo más acertado. De hecho, según hablaban empezó a cuestionarse por qué estaba allí cuando en los años que ambos llevaban trabajando en la empresa ni siquiera la había invitado a una de las quedadas que hacían de vez en cuando los viernes para tomar el trabajo.

De repente sintió la necesidad de echar a Ricardo de su casa y lo hizo poniendo como excusa que tenía que ir al médico a una revisión. Él no puso ninguna objeción pero sí que dejó caer que volvería en otro momento a ver cómo estaba, *o a matarme*, pensó paranoica.

Una vez sola se miró en el espejo de la entrada. ¿Cómo hacía dejado que su aspecto desmejorase tantísimo? No podía dejar que aquello la hundiese. No. No lo iba a permitir. Y mientras se daba una ducha reparadora su cerebro trabajaba a mil por hora trazando un plan para descubrir quién estaba intentando acabar con ella.

Sabía que el edificio de oficinas en el que trabajaba estaba abierto veinticuatro horas y que el mejor momento para ir a investigar era por la noche cuando solo los vigilantes paseaban aburridos por los pasillos. El problema era cómo iba a entrar sin levantar sospechas y sin que el personal de la entrada le dijese al día siguiente a su jefe que ella había estado allí.

Daba igual, algo se le ocurriría, pensaba mientras se vestía totalmente de negro, algo absurdo porque iba a entrar por la puerta, pero ese atuendo le hacía sentirse mejor.

Según caminaba por la calle, asustándose cada poco que su coche pasaba a su altura, el miedo comenzó a atenazarle el estómago. Era una locura, lo mejor era dejar que la policía investigase. Entrar allí podía suponer...

—¿Hola?

Clara se asustó cuando un hombre se acercó a ella sacándola de sus pensamientos. Miró al lugar por el que alguien se acercaba y... Imposible.

—¿Eres tú verdad? ¿La chica a la que casi atropellan? —dijo el hombre que no era otro que la persona que la había salvado de ser atropellada.

—¿Mi ángel de la guarda? —susurró sorprendida e impactada porque si en el hospital aquel hombre le había parecido guapo ahora le parecía todo un adonis.

—¿Tu qué? —preguntó él que no la había escuchado bien.

—Nada, nada, ¿Qué haces aquí?

—Vivo aquí al lado.

—Nunca te había visto antes del accidente.

-Bueno, esta vez te veo en mejor situación. Lo cierto es que he salido a pasear porque tenía un presentimiento de que te iba a encontrar... Llámame loco.

Ambos sonrieron.

—¿Te apetece un café? —le ofreció “su ángel”.

—Yo... - No sabía cómo explicarle su plan y cuál era su objetivo en aquel momento.

Ante la duda de Clara, cedió rápidamente.

—No te preocupes. Lo entiendo. Parezco un loco invitándote a un café. Pero creo en el destino y por alguna razón has entrado en mi vida.

Pero la prioridad era entrar en aquellas oficinas. Así que pospuso el café a otro día. Decisión de la que se iba a arrepentir en unos minutos.

Ni ella misma tenía claro cuál era el plan. Se había presentado en el lugar dispuesta a averiguar qué pasaba, pero sin ningún tipo de preparación. Y, ¿quién fue la persona que se encontró cara a cara?

Arturo.

No tenía pinta de asesino con aquella camisa estampada. Seguramente un recuerdo de su viaje a Tailandia. Su torpeza al andar y ese maletín que siempre le acompañaba le

delataban a distancia. Clara siempre había sospechado que aquel maletín solo albergaba un paquete de pañuelos y algún bolígrafo. Pero, ¿y si escondiese secretos?

Aprovechando el encuentro, Clara decidió seguirle con sigilo. Sin tener en cuenta que todo el mundo se giró al entrar por la puerta con comentarios de su aparición, tan demacrada y ese punto de locura en la mirada.

—¡Clara! ¿Qué haces aquí a estas horas? —preguntó Arturo que se dio la vuelta al ver la cara del personal nocturno de recepción.

—Yo podría hacerte la misma pregunta —contestó ella observándolo con suspicacia.

Arturo hizo una mueca de no tener claro por qué su amable compañera de trabajo le estaba tratando de esa forma tan arisca. Nunca la había visto así.

—Vengo a traer unos documentos urgentes que por despiste me llevé a casa. Mi jefe ha estado llamándome durante todas las vacaciones para recordarme mi error —comentó él con cara de fastidio—. Así que, nada más aterrizar, decidí venir a ver si por lo menos de esa forma me deja en paz el fin de semana. ¿Tú estás bien? —le preguntó y le pareció que su compañero de trabajo estaba genuinamente preocupado por ella y el aspecto que tenía en esos momentos.

—Me atropelló un coche, pero aparte de eso...

—¿Cómo? ¡Dios mío, Clara! ¿Y qué demonios haces aquí? Voy a dejar estos documentos en el despacho de mi jefe y te acompañó a casa. No te muevas de aquí —contestó agitado y se marchó antes de que ella pudiera decir nada.

Clara se sentía desconcertada. O Arturo era muy buen actor o...

—¿Clara? ¿Qué haces aquí a estas horas? ¿Y no se supone que aún estás de baja?

Clara se dio la vuelta para ver cómo Ricardo se acercaba a ella desde la puerta de la entrada con el ceño fruncido. Iba trajeado, demasiado trajeado para su puesto de trabajo. Además, ¿qué hacía allí a esas horas?

—Yo...

—Tienes muy mal aspecto. Ven a mi despacho, te puedo ofrecer un café —continuó diciendo tomando del brazo a Clara de una más brusca y tiraba de ella hacia los ascensores.

Durante todo el trayecto Clara permaneció en silencio tratando de ordenar sus pensamientos. ¿Su despacho? Que ella supiera él no tenía despacho, trabajaba en un cubículo como ella.

Un oscuro miedo se apoderó de su cuerpo cuando Ricardo, cuyo rostro estaba ensombrecido por algo que Clara no era capaz de identificar, le abrió la puerta de un despacho en el que ponía su nombre.

—¿Cómo te gusta el café? ¿Con azúcar, sin azúcar? —preguntó, aunque, en vez de acercarse a la máquina de café que Clara había visto nada más entrar en aquella sala él fue directo a su escritorio.

Clara tragó saliva. Todo su ser le estaba gritando que diese la vuelta y huyese de allí cuanto antes. Ese sexto sentido que se enciende cuando estamos en peligro destellaba en miles de luces en su cerebro.

—¿Te ha comido la lengua el gato? ¿O es que ese pequeño cerebrito tuyo ya ha unido todos los cabos? —preguntó él con un deje de malicia.

Clara no pudo evitar dar un paso hacia atrás cuando vio lo que su compañero sacaba del cajón. ¿De dónde había sacado una pistola?

—¿Por qué tienes una pistola? —preguntó ella con voz temblorosa sabedora de que aquél podría ser su final.

—Digamos que barajamos varias opciones para deshacernos de ti antes de decantarnos por un trágico accidente de coche. Si no hubiera sido por el imbécil que consiguió salvarte la vida no tendría que estar pasando al plan b.

—¿Fuiste tú? ¿Tú intentaste asesinarme?

—No teníamos otra opción. No podíamos permitir que te fueras de la lengua con lo de la doble contabilidad.

De repente, al terror que ya sentía Clara se le unió una furia irracional al ser consciente de que si él la había visitado hacía unos días no era más que para cerciorarse que estaba tan desquiciada que ya no sería un problema para ellos.

—No viniste a mi casa porque estuvieses preocupado por mí.

—¿De verdad es eso lo que te preocupa ahora mismo? —inquirió él divertido a la vez que agitaba el arma de forma amenazante—. Adiós, Clara.

Clara cerró los ojos y entonces... El estruendo de la puerta siendo tirada abajo fue tan fuerte que Clara gritó y se tiró al suelo lo que provocó que Ricardo fallara el tiro.

—¡Policía! ¡Tire el arma! —gritaron varias voces y Clara se encogió más en el suelo cuando el sonido de un disparo rasgó el aire.

—Señorita, señorita, ¿se encuentra bien? —le dijo alguien a Clara tocándole levemente el hombro.

Clara abrió los ojos. Un agente de policía estaba frente a ella.

—Vamos. La sacaremos de aquí.

A Clara no se le pasó por alto que el hombre trataba por todos los medios de interponer su cuerpo entre ella y el lugar en el que yacía el cuerpo de Ricardo, del que luego se enteraría que se había pegado un tiro en la cabeza.

Fuera, en la recepción, vio que se encontraba Arturo con cara de horror ante lo ocurrido y...

—Clara, ¿estás bien? —le dijo su ángel de la guarda, Gabriel.

—¿No me digas que fuiste tú quien llamó a la policía? —preguntó ella.

—Cuando nos despedimos me crucé con una persona que me sonaba de algo. No recordaba de qué, pero es de estas veces que te das la vuelta siguiéndolo con la vista y vi que entraba en el mismo edificio de oficinas que tú. Y entonces la imagen del tipo que te intentó atropellar vino a mi mente. Aunque no lo había visto con claridad algo me decía que era él y no quise arriesgarme. Llamé a la policía y...

—Y menos mal que lo hiciste —concluyó Clara acercándose más a él y besándolo en los labios.

Él no se apartó, sino que la estrechó más entre sus brazos y fue uno de los policías quien con un carraspeo interrumpió el momento.

—Necesitamos tomarle declaración.

—Claro, claro —contestó Clara abochornada por su comportamiento.

—Te espero aquí, no quiero que vuelvas sola a casa.

Clara sonrió y siguió al policía.

Tres meses más tarde

Clara se despertó envuelta en el cálido abrazo de Gabriel quien, todavía dormido, respiraba de forma acompasada haciéndole cosquillas en la oreja. No se habían separado desde que él la hubiese salvado por segunda vez, aunque ya ella no correría ningún peligro, al menos por parte de su empresa o ex empresa. El día en que casi la matan por segunda vez se descubrió todo, cómo varios mandamases estaban malversando dinero. El meteórico ascenso de Ricardo había sido por intentar asesinarla y quitarla de escena. Ahora la empresa estaba en quiebra y muchos de sus directivos pendientes de juicios. Aunque eso a ella ya le daba igual. No había tardado ni dos semanas en encontrar un empleo mejor y, lo más importante, había encontrado a un hombre maravilloso que la había salvado dos veces en su vida. ¿Qué más podía pedir?